

El manido dogma del desarrollo económico ilimitado

Eduardo Hornedo Rocha

A Juan Pablo Macías

La creencia en los valores de la cultura del desarrollo económico y el progreso capitalista, inhiben la voluntad de libertad de las personas. El resultado es una compleja aceptación de una especie de servidumbre voluntaria. Toda forma de autogobierno, toda expresión de la autonomía, conlleva necesariamente, la disolución de dicha servidumbre voluntaria, en favor de la libertad de las personas y las comunidades.

El crecimiento económico ilimitado, es un dogma de fe de la religión del *progreso moderno*. Esta creencia se nos inculca de forma masiva desde niños. Somos adoctrinados, en la casa y en la escuela, para creer en la necesidad incuestionable del crecimiento económico. Tal creencia se transforma en un acto de fe, a fuerza de machacona repetición por la escuela y la cultura dominantes.

Si la economía crece, nos persuaden los poderosos, entonces lograremos llegar al distante reino de: *muy, muy lejano*, en algún futuro mañosamente prometido y continuamente diferido. Sólo entonces, se podrá repartir la riqueza, que hoy, nos insisten los ricos, es necesario que permanezca en pocas manos, con el fin de lograr el necesario crecimiento.

Crecimiento económico que, a partir del final de la Segunda Guerra Mundial, paso de ser simple crecimiento, a llamarse y reconocerse mundialmente como desarrollo económico. El concepto político del desarrollo económico, pasa a ser desde entonces, la norma con la que se crea la ominosa noción del subdesarrollo. Noción que muchos, todavía, siguen aceptando.

Fue con el discurso de toma de posesión de Harry S. Truman al asumir la presidencia de los Estados Unidos, para su segundo mandato, que dio inicio la era del desarrollo. El 20 de enero de 1949 es la fecha precisa de nacimiento del manido desarrollo económico. Concepto clave en esta nueva fase del colonialismo económico, político, y sobre todo masivo y mental.

Para el capitalismo es necesario crecer como una cuestión vital, sin crecimiento, el capital se estanca y pierde. Por lo tanto es indispensable moverlo, hacerlo circular. El movimiento del capital

requiere el inculcar socialmente otras creencias convenientes al poder económico. Tales creencias son: la propiedad, el rendimiento, la productividad y particularmente la persuasión social lograda mediante la publicidad.

Entendiendo por publicidad el sistema de control mental de las masas de consumidores para asegurar su creciente obediencia a la voz del amo.

La servidumbre voluntaria de las masas está condicionada a cumplir con los intereses del poder del capital. Obedecer y callar resignadamente son las órdenes vigentes. Obedecer y callar a fin de garantizar, las condiciones materiales para la reproducción y acumulación del capital en todo el mundo. Callar y obedecer son las mismas órdenes con que terminaba el decreto de expulsión de los jesuitas, emitido por Carlos III de Borbón en 1767 y ejecutado por el Marqués de Croix, entonces virrey de la Nueva España, en todo su vasto territorio.

Su Majestad declara incursos en su real indignación a los inobedientes y a los remisos... y pues de una vez para lo venidero deben saber los súbditos del gran Monarca que ocupa el trono de España, que nacieron para callar y obedecer y no para discurrir ni opinar en los altos asuntos del gobierno.

En el llamado Club de Roma se congregaron, a partir del año de 1968, algunos de los industriales, políticos y científicos más poderosos de aquellos tiempos. El Club encargó un urgente estudio al MIT (Instituto Tecnológico de Massachusetts por sus siglas en inglés), a fin de determinar, mediante sofisticados modelos matemáticos de simulación, la existencia de: *Los límites del crecimiento* del capitalismo industrial.

Lo notable de este Club fue reconocer, desde una perspectiva capitalista global, que la noción de crecimiento económico choca con la ineludible evidencia de un mundo finito. La lógica del crecimiento sin límites se encuentra con la evidencia de un mundo, que no sólo es finito, sino también sumamente vulnerable, y con multitud de repercusiones de sinergías complejas. Un sector del capitalismo, reconoce entonces, la necesidad de encontrar alternativas a esta loca y desenfrenada carrera, llamada desarrollo económico, en la que todos los países quieren llegar antes que los demás, al infierno de la extinción de nuestra especie.

Masivamente vemos con beneplácito, y hasta lo consideramos como algo indispensable, la necesidad del desarrollo económico. Aceptamos por ende, como un indicador de bienestar social el aumento del PIB. La letanía de la creación de empleos. Aumentar la producción de bienes inútiles y servicios innecesarios, para aumentar también, la inversión y el rendimiento.

Todo esto con el fin de sojuzgar con mayor productividad a las masas consumidoras. Pero al mismo tiempo, acelerando el rumbo de colisión que nos conduce al *infierno de todos tan deseado*. Cuando aceptamos, como consumidores pasivos, los intereses de los poderosos como si realmente fueran los intereses de todos.

Cualquier cosa, se dicen los capitalistas, antes que bajar la velocidad y corregir el rumbo que lleva a la ruina previsible de la civilización capitalista. Los indicios están a la vista: el cambio climático global, polución por el envenenamiento de cuerpos de agua y suelos. Extinción acelerada de especies. Estos son algunos de los efectos ecodidas del modo de producción capitalista, militar industrial en los albores del siglo XXI. La suma de intereses de la megamáquina guerrera, cuyo fin es el mantenimiento de la intrincada urdimbe de poderes: económicos, políticos, militares y científicos, son la más alta prioridad, aún cuando el costo sea el colapso de la propia civilización capitalista.

Los seres humanos y el mundo natural siguen un rumbo de colisión. Las actividades humanas menoscaban violentamente y a menudo de modo irreversible el medio ambiente y recursos cruciales. Si no se revisan, muchas de las prácticas actuales ponen gravemente en peligro el futuro que deseamos para la sociedad humana y los reinos vegetal y animal, y puede que alteren el mundo vivo hasta el punto de que no sea capaz ya de sostener la vida del modo que conocemos. Urgen cambios fundamentales si queremos evitar la colisión a que conduce nuestro rumbo actual.

Esta advertencia a la humanidad para frenar la loca carrera al infierno, que representa el desarrollo económico de la megamáquina capitalista, fue firmada por más de mil seiscientos notables intelectuales y científicos, entre ellos, 102 premios Nobel de más de setenta países. Esta advertencia a la humanidad fue publicada en el libro titulado *El Club de Roma* 30 años después.

Pero el dogma del desarrollo económico ilimitado cumple también con un papel político clave para la dominación, pues es una forma muy eficaz de control social, ya que permite manipular,

diferir y hasta limitar las demandas sociales por una justa distribución de la riqueza.

Noam Chomsky en el libro *Debate sobre el crecimiento* (1973) cuenta como Walter Heller, el jefe de asesores económicos de la Casa Blanca. Le recomendaba, al presidente J. F. Kennedy, realizar una vigorosa campaña publicitaria en torno al crecimiento sin fin de la economía norteamericana. Tal creencia servía, en opinión de Heller, para neutralizar las demandas sociales de redistribución de la riqueza mediante el consenso y no el conflicto propio de la lucha de clases.

Para el capitalismo de la megamáquina militar industrial, es una condición necesaria, el mantener al infinito las condiciones materiales para lograr su permanente reproducción, por lo que el consenso es preferible al conflicto. Al lograr convencernos que el crecimiento ilimitado garantiza una mejor porción para todos (aunque no nos digan cuando). Los poderosos nos convencen de que el crecimiento sin fin de la economía, nos garantiza también, un consumo sin fin. La consigna inculcada en nuestras convicciones de consumidores, es que: más, es mejor siempre, para todos. Cantaleta que nos marca como devotos creyentes en el dogma progresista.

El principio del desarrollo económico, tiene entonces para nosotros, un doble propósito. En primer lugar, el garantizar, mediante políticas económicas públicas, las condiciones materiales para la acumulación del capital. En segundo lugar, sirve también eficazmente, para establecer una política pública soterrada, de control mental de las masas, logrando su amplia y voluntaria sumisión a los intereses del capital.

Uno de los principales polos de acumulación capitalista, es el que gravita alrededor de los intereses de la guerra. Las guerras son un detonador en los ciclos de movimiento del capital. La industria militar produce armas para destruir al enemigo. Cuando ya se le ha destruido, la inversión necesaria para la reconstrucción proviene del vencedor y queda a cargo para su pago, no de los poderosos perdedores, sino de la sociedad civil de los vencidos. El negocio redondo es producir armas para la destrucción y después financiar la reconstrucción. Las guerras son un acicate para la reproducción sin fin del capital, en el sector de la industria militar. Y son justificación también para su desenfrenado afán de crecimiento.

El poder del capital se convierte, en una forma de capital de poder político, que genera un apetito siempre creciente. Una adicción ingobernable. Pero a diferencia de los placeres naturales, como la comida, la bebida o el sexo. El apetito de acumulación de capital y el goce derivado de ello, no parecen tener fin. Mientras más poder se tiene, más poder se desea en un ciclo de retroalimentación interminable. Esta adicción incontrollable por el crecimiento sin fin del capital nos conduce, paso a paso, pero de forma inexorable, a la decadencia y eventual desaparición de la civilización capitalista.

Mediante la creencia masiva en el crecimiento sin fin del capitalismo, nos imponemos un grillete mental, que requiere ser removido. Sin libertad para pensar de forma independiente y crítica, no hay libertad. Sin libertad para actuar de forma responsable y pacífica, entonces no hay autonomía que se de nombre a si misma. Tampoco puede existir autogobierno, sin superar los conflictos con la autoridad gubernamental o paternal, y aprender a mandar obedeciendo.

Cuernavaca, Mor. 12 de noviembre de 2014

Presentado en "Autogobiernos, autonomías y nuevas espontaneidades." Ex Teresa. Arte actual. México D. F. 12-11-14.